

La pirámide trunca

(Constancias del 10 de junio de 1971)

Mario Víctor Morales Rodríguez

¡Aquellos rostros amigos!
¡Estos continentes bondadosos!

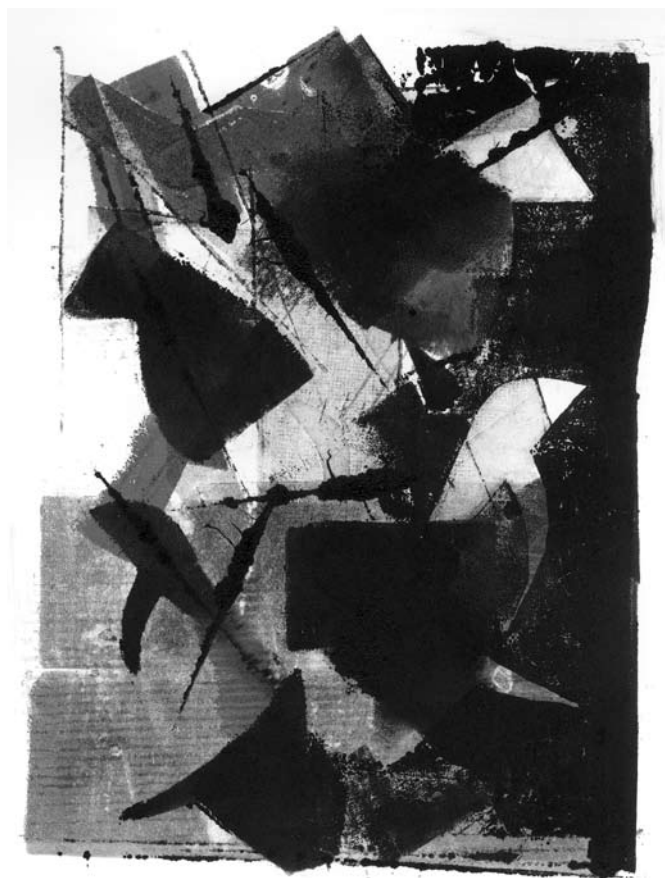
EN EXORDIO, DOY PASO a un testimonio personal:

Entramos a empujones, otros: no. ¡La puerta!, ¡la puerta! Chela subió por la valla alambrada como si fuese araña. ¡Agárrse de mi brazo!, le dije a Araceli. Pasamos al patio central: la Escuela Normal. Giré mi cuello hacia el tumulto y he ahí que –ido– Sergio venía meneando la cabeza hacia el suelo: había tomado ácido lisérgico en vísperas de la marcha. Subiríamos al primer nivel del edificio; era un túnel transversal y ocluso en sus extremos. ¡Un salón!, ¡un salón!, jadeábamos. Incredula, Araceli gritaba la pérdida de su hijo que acaecía en la barahúnda: palos, golpes, balazos.

Al abrir la primera puerta, un aliento polar nos detuvo: “Es hora de cerrar” (el turno), díjonos. Muy indígena, ella: la moza de intendencia: infernal, cadente, punzante. Luego y al entrar por la siguiente puerta de la serie, nos adherimos a su inmediato muro lateral para evitar con ello la inspección asesina y la metralla paramilitar. Los minutos nos llevaron a ocupar los pupitres. Estólidos, nuestros cuerpos –¿diez?, ¿doce?– se miraban atónitos.

El estruendo era mucho menos intenso que el de Tlatelolco. Atardecía. ¡Dos atardeceres! Los aullidos de las ambulancias vinieron a apagarse hasta que el silencio se acercó al cero absoluto; un seseo creciente fue envolviendo a mi oír: sss ssss sssss. ¿Qué es eso? Después lo supe: era el murmullo de las papeletas de propaganda que el viento tallaba sobre el asfalto de las calles aledañas. ¿Cómo pude escuchar a esas distancias? ¿Qué decires trascendían desde el aire hacia el más alto cielo?

Salí. Pasé por una explanada que flotaba en la claridad de la tarde. Entré a las calles. Las grandes avenidas me invadieron. Choqué contra rostros ausentes. Al ser abordados, los



autobuses me asaltaron. Y en mi barrio universitario: “han matado a muchos”, le dije a Francisco. Suspiré. Subí a mi cuartito de servicio y las risotadas de unos estudiantes ebrios y soeces festejaban a mariachi vil el final de los cursos semestrales. La noche era suave y tibia; se veía a asediada por los pasos del chacal y los eructos de las hienas –víctimas hoy de las circunstancias. ¿Delincuentes? En masa, éramos tan sólo un tropel de juventud que buscaba sus caminos en las sendas de una patria que hoy hemos perdido. ¿La encontraremos en los valles de este planeta azul, blanquecino y remoto?

Sí, sí la encontraremos: está frente a nuestros ojos. Si estuviésemos dispuestos a mirar con los dos ojos la encontraríamos. Mira con los dos ojos y verás. “¿Acaso no le hemos dado un par de ojos?”, El Corán, xc, 8.

En el curso de la década que siguió al 2 de octubre 1968 Luis Echeverría Álvarez contribuyó más que nadie a inhibir la expresión de mi juventud y a debilitar mis vínculos sociales y familiares. Muchos fueron los accidentes y los peligros mortales que sufrí y pisé en los bordes y fondos de abismos insondables. Nunca me asumí como guerrillero.

Fuimos muchos los damnificados y no pocos los muertos. ¿Inocencia? La inmensa concentración del poder que residía en la investidura presidencial de entonces impedía que su portador fuese excluido del conocimiento organizativo de un crimen que implicó la concurrencia de cientos de legos, profesionales y funcionarios de la más alta jerarquía. La presentación de estas dos simples razones hacen que –en fe pública– Luis Echeverría Álvarez y otros personajes del círculo inmediato al caso sean merecedores de unos castigos justos y específicos por la comisión de los delitos contenidos en el ejercicio autoritario y homicida de los poderes administrativos y gubernamentales.

*

Ved: algo rueda por la vertiente oscura de la pirámide colorida. Y ¿hacia cuáles gradas o retículas desciende la asunción raigal y talonaria de nuestras necesidades?

Ritos sutiles y grotescos sofocan cardinalmente al alma de México; y muy larga ha sido la historia en espiral de ese sol presidencial que ha terminado por ser negro. Pensemos al caso en los púrpuras y carmines que prefiguraron al collar ensangrentado del jueves de Corpus de 1971. ¡Paloma degollada! Oscuros y obscenos fueron esos años que anunciaban al relumbro del cuchillo de obsidiana y oro que estrelló al pecho de acero, Santiago y Tlatelolco. ¿En cuáles abismos hunden sus raíces tales sañas y vesanias?

Hoy y desde el seno blanco de una patria escoltada por lo verde y el rojo, se nos pregunta: ¿seremos capaces de aclarar con buen juicio penal y el concurso de la escritura y las palabras vivas, la historia social del presidencialismo sexenal mexicano? ¿Podremos transmutar ese legado abrumador en los flujos de unas miradas que vean al fondo más vivo de nuestros ojos? ¿Acaso no se impone por sí misma la necesidad de constituir una comisión civil que reconstruya las verdades históricas relativas a ese fenómeno pleoasiático y europeo?

En estos predicamentos encuentro enteramente necesario proclamar que antes de que la sonrisa oriental fuese flor y canto de la antigua Creta y mucho antes de que el verde tremolar del maíz más ancestral adornase a esta tierra india y nuestra, yo te amaba, Dios mío. Luego y cuando las lunas y los soles hacen tósigo del brío indio y del herrumbre greco, mi frente se postra para implorar Tu Ayuda, porque sin Ella mi espíritu es pléyade de negruras que se pierde en los giros de la estrella danzarina y bella. Así –vértigo en colibrí, ojo en centella: no sé, no puedo y no quiero vivir sin Ella; y es que nada me alegra y fortalece en más que la modesta sonrisa femenina que luce al ebrio perfume que en el jazmín destella.

Si tan sólo supieran lo que significa la forma de la oreja, ¿escucharían! Y ¿qué significa la forma de la oreja? El pabellón del oír es un eco en caracol marino que vibra y retumba en los signos diurnos y nocturnos de Tu Paz rotunda y vera.

Post scriptum. He de indicar que muy al margen de las providencias que se solicitan a los poderes judiciales, los dirigentes estudiantiles de antaño deben dar razón explícita de las escasas diligencias que mostraron en la difusión de los peligros que se contenían en San Cosme y en la Plaza de las Tres Culturas: así lo exige la aparición de esa memoria que parece perderse en el olvido insalubre. En cierre, he de publicar que nada debo al sujeto acusado. He trabajado durante tres décadas en una institución educativa cuyo curso político de su fundación fue inducido por la función presidencial adjunta a la persona indicada. Ello no significa que otros y yo hayamos vivido de alguna dádiva o gracia presidenciales. Y es que las inducciones políticas gubernamentales y las deducciones sociales –también políticas– se ven claramente distinguidas cuando se discurre con respiro y tino sobre la génesis transductiva de las instituciones; en esto último, el discernimiento deductivo del desarrollo social termina por dominar. En punto final, el inapreciable lector ha de saber que los servicios y los pagos que en contrapuntos modestos he aplicado y recibido respectivamente, han sabido correr en trote parejo en los pasillos, aulas y oficinas de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. •

Coyoacán, 21 de marzo de 2005

MARIO VÍCTOR MORALES RODRÍGUEZ es profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales en la UAM Xochimilco.